

EL MUNDO EN EL QUE VIVIMOS

Sol Arguedas

Tercera revolución científico-técnica

Las sociedades, tanto las muy desarrolladas como las subdesarrolladas, han sufrido en los últimos veinte años cambios dramáticos que las han cimbrado en sus estructuras: a los individuos, por lo tanto, nos han sacudido desde las raíces ideológicas hasta los niveles de vida material.

Todo el panorama socio-económico y filosófico-político está en intensa y continua transformación, acelerada gracias a la tercera revolución científico-técnica en curso. Es más necesario que nunca tener una idea clara de las tendencias principales que lleva el proceso histórico en nuestro momento, para no sumirnos en una desconsolada impotencia por no entender "qué es lo que está pasando" o para no recurrir a explicaciones fantásticas, esotéricas o supersticiosas.

Leí en un artículo reciente¹ una definición o descripción muy sencilla de las tres revoluciones tecnológicas que ha llevado a cabo la humanidad.

La primera revolución consistió en la domeñación de los animales, plantas y demás elementos naturales [...] La segunda revolución se caracterizó por la conversión de la fuerza domeñada de la naturaleza en fuerza mecánica [...] La tercera revolución tecnológica de la humanidad se caracteriza por la capacidad de manipular las fuerzas fundamentales, atómicas y moleculares de la materia; las fuerzas intrínsecas de la misma, que siendo comunes a toda ella se presentan a nuestros sentidos en muy diversas formas.

¹ Roberto Guadarrama: "La tercera revolución científico-tecnológica de la humanidad", revista *Estudios Políticos*, Nueva Epoca, vol. 7 número 1, enero-marzo, 1988. pp. 4-12

En síntesis, como dice otro autor: "La característica principal del viejo esquema científico tecnológico es la multiplicación de la fuerza física humana y animal [...]" mientras que la característica del nuevo esquema es "la multiplicación de la inteligencia y el talento humanos, así como de la potenciación de la experiencia."²

¿Cómo se manifiesta esta tercera revolución científico-técnica? Nos lo dice el primer autor citado al enumerar las ramas de la ciencia y de la tecnología en donde están ocurriendo los más asombrosos resultados: "I. Nueva biotecnología [a la que también suelen denominar 'ingeniería genética']; II. Materiales nuevos y fuentes alternas de energía; III. Automatización de procesos y comunicaciones; IV. Lógica de procesos-inteligencia artificial".

Lo que ya está ocurriendo con la manipulación de las fórmulas genéticas permite vislumbrar no sólo insólitos descubrimientos en el misterio de la vida, sino apasionados debates sobre conflictos morales y religiosos derivados del desarrollo mismo de la genética nueva, conflictos que, de hecho, ya tienen lugar en las noticias periodísticas cotidianas.

No es difícil comprender cómo la invención y el uso de materiales nuevos, así como el descubrimiento de fuentes de energía distintas de los hidrocarburos y otras materias fósiles, hará que se transforme, si no el ser, sí el quehacer de los habitantes de este planeta.

Por su parte, la automatización de los procesos y las comunicaciones es, desde hace unos años, una realidad inmediata para una parte considerable de la humanidad. En este campo, ya tan comprensible en la teoría y en la práctica, los cambios van acelerándose notablemente.

Más lejanos parecen estar los resultados en la práctica de los planteamientos teóricos en cuanto a la lógica de los procesos, lo que también suele

² Jesús Mancera Romo: "Condiciones sociopolíticas del cambio tecnológico en México", revista citada, p. 39.

llamarse “inteligencia artificial”; pero es posible que las conquistas en este campo nos sitúen, en un no muy lejano día, en la plena cuarta revolución científico-tecnológica con su cauda de transformaciones radicales en todos los aspectos de la vida y de la actividad de los seres humanos.

Aun siendo fascinante como materia de estudio la transformación tecnológica en sí misma, no es mi tema ahora; lo es el desquiciante impacto que ella produce —por eso la llaman “revolución”— en la sociedad contemporánea, tanto en la sociedad como un todo, como en los individuos que la forman.

Aspectos económicos

Hasta ahora habíamos contemplado las estructuras económicas de las sociedades capitalistas como hechuras de las relaciones sociales establecidas para producir los satisfactores de la vida material y de la espiritual de la sociedad. Entender cómo y por qué estas relaciones económico-sociales han privilegiado a unos pocos, en detrimento de los muchos, es una de las ideas centrales con las que explicamos la desigualdad de los individuos en el disfrute de la riqueza social.

Sobre este esquema habíamos construido el andamiaje teórico de la revolución social —insurreccional o pacífica— que traería justicia y bienestar a todos. Esta elaboración mental ha hecho crisis en nuestro momento.

La transformación científico-técnica de hoy —con ser tan profunda y amplia— ciertamente no removerá las premisas fundamentales, en el capitalismo, de la desigualdad y la injusticia sociales, así como tampoco cambiará la obligación moral de hacer todo lo que esté a nuestro alcance para modificar esas condiciones; pero sí están adquiriendo nuevas formas —aunque no cambie su esencia explotadora— las relaciones sociales en la producción, y cambiarán aun más en la medida en que la robotización y la automatización de los procesos productivos modifiquen significativamente los conceptos “proletariado” y “obreros”, por lo tanto también el concepto “sindicalismo”, así como los conceptos “burguesía” y otros. Con esto habrá que revisar

también el concepto “lucha de clases”, ya que si ciertamente seguirá igual la médula del mismo, serán distintas las formas en las que se presente en la práctica.

Estamos inmersos en una decisiva transformación del capitalismo avanzado que, con Estados Unidos a la cabeza, corre a marchas forzadas hacia una etapa superior en su evolución: la transnacionalización. En esta carrera el capitalismo avanzado obliga a todas las economías dependientes o subsidiarias a “modernizarse”, es decir, a modificar sus condiciones internas para poder integrarse en el gran proyecto económico mundial identificado con Estados Unidos, esto es, al establecimiento de un nuevo orden económico internacional regido mayormente por las gigantescas empresas transnacionales de matriz estadounidense, aunque también por transnacionales de origen japonés o europeo.

Parte medular de este cambio económico en gran escala es el predominio del capital financiero sobre el tradicional capital productivo o industrial, lo que ha dado lugar a una verdadera revolución financiera en provecho de las grandes transnacionales del dinero: la banca internacional. En este aspecto financiero el Tercer Mundo, sobre todo América Latina, sufre en forma espectacularmente visible la esencia voraz, despiadada, usuraria, del capitalismo descarnado y desenmascarado por la crisis generalizada del mismo y, obviamente, por la crisis particular de la deuda externa, deuda que no ha sido otra cosa que el instrumento idóneo de los países acreedores para capitalizarse y salir de su propia crisis a costa de los países deudores.

Una metáfora utilizada por mí anteriormente³ —llamar “asalariadas” a las naciones a las que se les extrae “plusvalía” mediante el deterioro en los términos del intercambio, y llamar “salario” en este caso al precio internacional de las materias primas— explicaría tanto el auge de las economías centrales (propietarias) como la postración de nuestros países periféricos (“asalariados”) en la actualidad.

³ Sol Arguedas: *El Estado benefactor: ¿fenómeno cíclico?*, México, Editorial Revista Mundo, 1988.

Está ocurriendo —en escala mundial— lo mismo que ocurre cuando aparece una crisis en una economía capitalista: para salir de ella los capitalistas revalorizan el capital mediante la innovación tecnológica (que en el caso de hoy y a nivel mundial es una verdadera revolución científico tecnológica) y desvalorizan el factor trabajo minimizando tanto la masa salarial —con el despido masivo de trabajadores— como el poder adquisitivo del salario —ni más ni menos que lo que ocurre hoy con el descenso de los precios de las materias primas (el “salario” de nuestras naciones explotadas) y con los resultados de la inflación en nuestros países.

Quiero decir que así como los trabajadores asalariados pagan siempre no sólo las consecuencias de una crisis capitalista sino también los esfuerzos por salir de ella, en estos momentos nuestros países “asalariados”, abrumados por la crisis, están pagando la cuenta de los esfuerzos que hicieron los países rectores de la economía mundial, sobre todo Estados Unidos, por salir de dicha crisis generalizada del capitalismo mundial; ellos salieron a flote; nosotros nos hundimos más. La recuperación de las sociedades capitalistas avanzadas es evidente; la postración de nuestras sociedades capitalistas tributarias es más evidente aun.

Obvio es señalar que así como la recuperación de la tasa de ganancias (cuyo deterioro provoca las crisis) se revierte en otro momento contra los propios capitalistas (porque al afectarse los salarios se afecta la única fuente de plusvalía que existe, es decir, cuando ocurre el fenómeno de la composición orgánica del capital), así también se está llegando al momento de la necesidad de restablecer el poder de compra de los asalariados so pena de hacer naufragar todo el edificio capitalista. Esto, que ocurre en las economías regionales y en las microeconomías, también ocurre en la macroeconomía internacional.

No es sino la comprensión de esta disyuntiva la que está llevando a analistas e ideólogos del capitalismo a considerar la necesidad de restablecer el crecimiento de las economías de nuestros países “asalariados” para restablecer, a su vez, el equilibrio capitalista a nivel mundial. Tal es la justificación de las negociaciones en curso para solucionar la crisis de la deuda.

Aspectos políticos e ideológicos

En cuanto a la organización política de las naciones, el conflicto entre las poderosas empresas trasnacionales —las cuales objetivan el fenómeno de la trasnacionalización del capital— y los cada vez más debilitados estados nacionales está cambiando visiblemente el concierto internacional, como no ocurría desde el nacimiento y la consolidación del capitalismo (desde el surgimiento del Estado-nación y del mundo burgués.)⁴ Estoy hablando, pues, de elementos políticos determinantes del nacimiento de una nueva civilización en la que, si llegan a sobrevivir los estados nacionales, será con funciones distintas de las tradicionales.

En el terreno ideológico, la lucha agudizada entre dos mentalidades opuestas, pero dentro de un mismo pensamiento capitalista, está tomando primacía sobre el anterior conflicto Este-Oeste. Aunque parece erguirse victorioso en nuestros días el liberalismo económico, con su cuerpo ideológico conservador o reaccionario, no ha logrado —y no logrará— erradicar los anhelos de justicia social recogidos por el Estado interventor o benefactor, es decir, por el capitalismo reformado y reformista, cuyo auge presenciamos principalmente en los años sesentas. El conflicto entre estas dos grandes corrientes dentro del capitalismo sigue en pie y agravándose, a pesar de la aparente derrota de la segunda.

Por otra parte, la exitosa ofensiva de paz soviética y la crítica situación de los países pobres, a causa de su crisis generalizada y de la crisis de la deuda externa en particular, relegan también a segundo término el conflicto Este-Oeste y dan primacía al llamado conflicto Norte-Sur (en este asunto vuelve a cobrar vigencia el proyecto de “diálogo Norte-Sur” que por medio de su presidente Willy Brandt ofreció la Internacional Socialista en los años setentas).

⁴ Utilizo el término “burgués” sin el menor acento peyorativo. Lo utilizo como adjetivo definitorio de la civilización de sello moderno, capitalista, que nos sacó del medioevo.

Aspectos socio-culturales

En los terrenos social, sociológico y cultural son muy visibles los cambios que está experimentando la humanidad. Aquí es precisamente donde vemos con claridad que no se trata sólo de una transformación del capitalismo mundial, por una parte, y, por otra, de una equivalente transformación del socialismo también mundial, sino que juntas ambas transformaciones nos están ofreciendo una auténtica crisis de civilización que nos involucra a todos los humanos y cuya clave para entenderla hay que buscarla en la gran revolución científico-técnica de hoy.

En síntesis:

El capitalismo mundial experimentó —a partir del deterioro de la economía estadounidense de los años sesentas últimos y primeros setentas— una crisis que, habiendo empezado como una de tantas crisis cíclicas se complicó sobremanera por varios factores:

- a) por la presencia del Estado interventor en las economías capitalistas con su función reguladora del mercado;
- b) por el predominio de las grandes empresas trasnacionales con su proyecto de trasnacionalización global del capitalismo y con su labor dislocadora del mercado en su acepción clásica;
- c) por la revolución científico-técnica que, en la rama de la intensificada industria bélica, alimentadora también de la industria civil, ofrecía innovaciones tecnológicas en forma ininterrumpida, rompiendo así el ciclo económico “normal”.⁵

⁵ Cfr. Ernest Mandel: *Iniciación a la economía marxista*. México, ERA, 1973.

Meditar sobre el peso y la significación de estos factores señalados ayuda a explicar por qué la crisis capitalista cíclica se convirtió no sólo en estructural y generalizada, sino que se volvió una verdadera crisis de civilización.

Vemos, pues, cómo se encadenan los fenómenos dentro del capitalismo para provocar esta profunda y acelerada transformación del mundo en el que habíamos vivido hasta ahora. La revolución científico-técnica —determinada por la necesidad de la innovación tecnológica— fue precipitada por la necesidad de restaurar y aumentar la tasa decreciente de las ganancias en los países de capitalismo avanzado —en Estados Unidos concretamente— y esto último se hizo a costa de sus propias clases asalariadas y de nuestros países con economías dependientes o subsidiarias.

Esta forma de expresarse, tan abstracta, corresponde en la práctica a la historia reciente de Estados Unidos —región donde se inició la crisis mundial— desde la guerra de Vietnam a nuestros días, o, dicho de otra manera, desde que Estados Unidos empezó a cobrar conciencia de su pérdida de hegemonía mundial hasta que Ronald Reagan intentó recuperarla.

Para nosotros en México la crisis de la economía estadounidense primero, y del mundo entero después, explica, en razón de nuestra dependencia, la también reciente historia económico política de nuestro país: lo que va, simbólicamente, del ya impotente populismo del nacionalista Luis Echeverría al irritante neoliberalismo del desnacionalizado Miguel de la Madrid (los períodos de Salinas de Gortari, y el de George Bush en Estados Unidos, serán, seguramente, períodos de transición hacia un mundo organizado de otra manera que la conocida hasta aquí).

¿Qué pasa en el mundo socialista?

Pocos asuntos son tan apasionantes en nuestro momento como la transformación en curso en la Unión Soviética, lo que se ha dado en llamar la revolución “gorbacheana” (como si las revoluciones las hicieran los líderes o los héroes!).

Los conservadores y los incautos que interpretan las grandes transformaciones en las naciones socialistas como una gradual desaparición del socialismo, presuntamente fracasado, y como una voluntaria vuelta al capitalismo victorioso, han obtenido un mentís rotundo, brutal y sangriento en la Plaza Tiananmen en Pekín. Este cruel episodio de la lucha universal entre el capitalismo y el socialismo no ha sido, en esencia, sino la versión amplificada y en circunstancias distintas de lo ocurrido en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968. Verdaderos y auténticos —además de justificados— movimientos populares en pos de mejorar y perfeccionar el socialismo fueron infiltrados por los enemigos imperialistas para encauzar los levantamientos populares hacia el rechazo del socialismo y la vuelta al capitalismo. En todos los casos la respuesta fue la represión a la intervención enemiga, llevándose de paso, en forma brutal, los anhelos de libertad y de democracia de los pueblos respectivos. Anhelos que, por otra parte, no han sido satisfechos tampoco por el capitalismo y que hoy inspiran las transformaciones actuales del socialismo.

El socialismo está, como quien dice, mudando de piel, porque la piel marxista-leninista-stalinista ya le quedaba estrecha y lo estaba ahogando. Esta metáfora se tradujo en la práctica en un grave deterioro y hasta parálisis de la economía, en un gran descontento social y en una inquietante ineficiencia política, fenómenos todos perfectamente visibles en la historia reciente de la más avanzada de las sociedades socialistas: la Unión Soviética.

Coincidieron varios elementos para que la sensibilidad y el genio políticos de Mijaíl Gorbachov sintetizaran los diversos y dispersos cambios cuantitativos en curso y vislumbraran la necesidad de precipitar el cambio cualitativo en el socialismo avanzado de la URSS. El siguiente paso, obviamente, fue el establecimiento de las políticas que encauzaran la gran transformación: así nacieron la *perestroika* y la *glasnost*.

No es difícil comprender que estas últimas políticas en la URSS fueron respuesta al gran reto impuesto por la revolución científico-técnica actual y por la creciente integración de las economías capitalistas en un mercado mundial. So pena de quedar rezagada y al margen en el mundo contemporá-

neo, la economía soviética se vio obligada a “modernizarse”, es decir, a descentralizarse en primer lugar, para lo cual ya había madurado con creces, volviendo innecesaria la centralización de recursos económicos, técnicos, financieros y humanos; centralización que había sido obligada por el atraso de una sociedad que contaba todavía con pocos recursos de todo tipo, en unos casos, o que estaban mal utilizados, en otros casos, cuando arrancó la construcción socialista después de la Revolución de Octubre. En una palabra: había que aprovechar al máximo los recursos escasos, concentrándolos (que es lo que está haciendo, por ejemplo, Cuba en esta etapa del desarrollo de su economía).

Hoy la situación es distinta. El desarrollo o la “madurez” de los recursos humanos, económicos, técnicos y financieros en la URSS no sólo permiten, sino exigen la búsqueda autogestión en la economía soviética, autogestión a la que también podemos llamar descentralización.

En el campo de las ideas las transformaciones actuales en el mundo socialista tienen precursores que ayudaron a conformar una filosofía política y una ideología actualizadas, de acuerdo con los necesarios cambios científico-técnicos, económicos y sociológicos que se están imponiendo. Entre los antecesores ideológicos inmediatos se cuenta el mal llamado “eurocomunismo”, lo cual explica en buena parte la popularidad de las reformas soviéticas “gorbacheanas” en la Europa socialdemócrata, dado el indudable parentesco entre eurocomunistas y socialdemócratas. Éxito actual que obtendrá mayores resonancias en la Europa unificada que, según las apariencias, a partir de 1992 será una Europa “socialdemocratizada” a pesar de la Inglaterra Thatcheriana de hoy.

Al ser la URSS el polo socialista en el mundo —el polo capitalista es EUA— es lógico que lo que ocurre ahí obtenga eco y resonancias universales: todos los partidos marxistas están en crisis con el concomitante desconcierto filosófico político e ideológico de los individuos militantes o no, pero simpatizantes del socialismo. Con el tiempo y la adaptación mental a los cambios nuevos recuperarán el equilibrio perdido.

Pienso que no caben dudas acerca de que estas crisis, tanto las capitalistas como las socialistas, son saludables en sí mismas a pesar del altísimo precio en sufrimiento humano que representan, y creo que generarán —lo que estamos viviendo es un parto descomunal— un siglo XXI cuyos contenidos todavía no alcanzamos a intuir del todo.